

Cuadernos Nacionales

Vol. 1 No. 24: 1-28

Enero-Junio 2019

Panamá

Héroe o villano: Vasco Núñez de Balboa en *El tesoro de Dabaibe* de Octavio Méndez Pereira y en la *Historia de las Indias* de Bartolomé de las Casas

Francisco Javier Ibañez Castejón (Universidad de Malta)*

Email: francisco.ibanez@um.edu.mt

Resumen

En este artículo se analiza la representación de la figura de Vasco Núñez de Balboa en *El tesoro de Dabaibe* del panameño Octavio Méndez Pereira y en *Historia de las Indias* de Bartolomé de las Casas. En ambas obras, el personaje experimenta los mismos sucesos relevantes de su vida, pero la interpretación que se ofrece de ellos varía enormemente. Mientras que para Pereira, el extremeño, héroe excepcional, se erige en símbolo del nacionalismo panameño, que pretende encontrar en las raíces hispanas del istmo el sustento ideológico en la lucha contra las injerencias neocoloniales, para el fraile dominico, el jerezano, en nada distinto a muchos otros conquistadores, no es más que un asesino que, traicionando el mandato divino de la evangelización pacífica de los indígenas, solo busca en América la riqueza y el poder. El mismo personaje histórico queda, por tanto, sometido y se moldea en virtud de las intenciones que persiguen los autores que le describen.

Palabras clave

Conquista de América; Méndez Pereira; Las Casas, Balboa; interpretación del personaje

* Fecha de Recepción: 30/5/2018 Fecha de Aceptación: 15/11/2018

Abstract

This paper analyses the representation of Vasco Núñez de Balboa in *El tesoro de Dabaibe* by the Panamanian author Octavio Méndez Pereira and *Historia de las Indias* by Bartolomé de Las Casas. Although in both works this historical figure goes through the same life experiences, the interpretation offered by the two writers varies considerably. For Pereira, the Spanish conqueror symbolizes Panamanian nationalism that tries to find in the Hispanic roots of Panamá, an ideological justification for the fight against neo-colonial interferences. On the other hand, for the Dominican friar, Balboa can be compared to the many other conquerors who, behaving like impulsive murderers, seek wealth and power and betray the divine mandate of the peaceful evangelization of the indigenous people. The same character is therefore subdued and molded by the intentions pursued by the authors who write about him.

Keywords: Conquest of America, Méndez Pereira, Las Casas, Balboa, character interpretation

INTRODUCCIÓN

Debido a su importancia histórica y a lo peculiar de su trayectoria vital, con final trágico incluido, la figura de Vasco Núñez de Balboa, el descubridor europeo del océano Pacífico (1513), ha sido ampliamente estudiada y empleada artísticamente. Además de las dos cartas que él mismo nos legó (Núñez de Balboa, 2010), las primeras apropiaciones de este personaje se encuentran en las crónicas de Indias. Hablan de él, entre otros, Pascual de Andagoya, el fundador de la ciudad de Panamá (1519), en su *Relación de los sucesos de Pedrarias Dávila en las provincias de Tierra Firme y Castilla del Oro* (1986), Pedro Mártir de Anglería en *Las décadas del Nuevo Mundo* (1944), concretamente en la Tercera, y Gonzalo Fernández de Oviedo en *Historia general y natural de las Indias* (1851).

En los siglos XVII-XVIII, coincidiendo con el declive y fin del ciclo cronístico, el extremeño queda relegado al olvido hasta que ya en el siglo XIX, específicamente en 1830, Manuel José Quintana lo rescata en *La vida de Vasco Núñez de Balboa* (1917). A partir de la publicación de esta biografía, ve la luz una gran cantidad de obras que tratan del descubridor, muchas de ellas en fechas en las que se conmemoran los acontecimientos que lo hicieron célebre. Aparecen multitud de relatos sobre su vida como, por ejemplo, el de Washington Irving (1831), incluido en un volumen mayor en que se ocupa de otras figuras de los inicios de la conquista, y, después de este, muchos otros más (Ruiz de Obregón y Retortillo, 1913; Altolaguirre y Duvale,

1914; Constantino Bayle, 1923; Juan Cabal, 1958; Romoli, 1967; Lucena Samoral, 1991). También contamos con estudios históricos (Ortuño, 2001; Pereira, 1988; Mira, 2014) e investigaciones histórico-literarias como la de Luis de Blas (2013).

El interés por Balboa ha traspasado las fronteras de la historiografía y se ha convertido, además, en personaje literario. Se hallan, en este sentido, novelas como la de Rosa López Casero, *La pasión de Balboa* (2013), poemas como el de Samuel Lillo, *A Vasco Núñez de Balboa. Canto lírico* (1914) e, incluso, piezas de teatro como la de Pedro de Novo y Colson, *Vasco Núñez de Balboa* (1882).

Esta es solo una breve selección de títulos en los que se aborda la figura de Balboa. En ningún caso esta investigación se presenta como una recopilación bibliográfica de todo lo que se ha publicado sobre el soldado extremeño. El objetivo de este artículo es bien distinto y se centra en la manera en que los diferentes autores se han apropiado de la figura del descubridor en sus estudios y creaciones. Si bien el personaje central es el mismo para todos ellos y los acontecimientos que vivió también lo son, es nuestra intención mostrar cómo, dependiendo de los propósitos de los autores y de las razones por las que escriben, la forma de presentar a este personaje y su significación para la historia van a variar enormemente. Es natural, ya que al tratar cualquier realidad, sea la que sea, los seres humanos no podemos ser objetivos. Intencionadamente o no, en nuestros textos y en nuestras palabras se filtran nuestra ideología, nuestro modo particular de ver el mundo, nuestras experiencias.

A la hora de representar el mundo nuestro entendimiento se impregna de todo lo vivido y pensado a lo largo de nuestras trayectorias vitales. Si esto es así en los estudios históricos, disciplina que tiene como meta la objetividad a la hora de lidiar con los acontecimientos reales, aún se percibe más si cabe en las creaciones literarias. Hay, por tanto, un Balboa para cada autor/a. Para poner este hecho de manifiesto se van a comparar en los siguientes apartados dos obras que se apropian de este conquistador: la *Historia de las Indias* (publicada por primera vez en 1875) de Bartolomé de las Casas (1474 o 1484-1566) que, si bien no se centra en exclusiva en el extremeño, le concede mucha importancia en los volúmenes segundo y tercero, y *El tesoro de Dabaibe* (1934), novela del político, pedagogo y escritor panameño Octavio Méndez Pereira (1887-1954). Estamos hablando de dos autores, dos géneros, dos países, dos épocas y dos temperamentos muy distintos. Además, cada uno de estos dos escritores muestra motivaciones muy diferentes a la hora de escribir. Como trataremos de demostrar, el Balboa que nos presentan

y la interpretación histórica que de él hacen van a estar marcados por las diferencias. Los autores van a diseñar una imagen del personaje acorde con los objetivos que persiguen.

1. OCTAVIO MÉNDEZ PEREIRA Y LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD HISPANA DE PANAMÁ

Para entender completamente la aparición de *El tesoro de Dabaibe* debe ponerse en relación con el devenir histórico que experimentó Panamá durante las primeras décadas de su trayectoria como país. La independencia de 1903 y la construcción del canal por parte de los estadounidenses (1903-1914) transformaron el istmo de una manera crucial¹. Partiendo de una situación precapitalista, campesina, tradicional y dependiente de Colombia, Panamá pasaba, en muy poco tiempo, a formar parte del concierto internacional como un miembro de, aparentemente, pleno derecho y, además, a sus tierras llegaba la más alta tecnología de la época con el propósito de explotar su principal fuente de riqueza, su posición estratégica. Las primeras dos décadas se vivieron con mucho entusiasmo, especialmente por la alta burguesía local, y se desarrolló una especie de admiración por la gran potencia del norte, que había sido capaz de culminar una de las obras de ingeniería más colosales de la historia, proyecto que había llevado al fracaso a De Lesseps, el promotor del canal de Suez, y su compañía francesa unos años antes (1889). De hecho, la Constitución de 1904 se inspiró en la estadounidense y se contrataron profesores de este país para que modernizaran el sistema educativo, muy anticuado, en clave pragmática y liberal (Pulido Ritter, 2008: 10).

Durante la década siguiente, sin embargo, el entusiasmo dio paso a la decepción cuando se constató que, si bien Panamá se había insertado en el sistema capitalista mundial, lo había hecho desde una posición periférica y conflictiva (Pulido Ritter, 2008: 13). La oligarquía nacional sentía que el canal, férreamente controlado por los Estados Unidos, no había colmado el ansia de beneficios que esperaba –solo recibía 250 mil dólares anuales (Ríos, 2003: s/n.) – y, además, había supuesto la entrada en escena de un actor tremendamente poderoso para disputarle el control del gobierno y la soberanía territorial. Los norteamericanos empezaron a ser vistos como rivales, pues desde la Zona del Canal, una faja de tierra de 1432 km² a los lados de la vía que servía para su mantenimiento y protección, Estados Unidos injería en la política nacional con todo su aparato militar y burocrático.

1

Para conocer más acerca del proceso independentista de este país remitimos a los lectores a *How Wall Street Created a Nation* (2001) de Ovidio Díaz-Espino.

Asimismo, para construir el paso marítimo había llegado al istmo un gran número de trabajadores antillanos (jamaicanos y barbadenses la mayoría) que no se habían marchado al finalizar las obras. Estos ahora competían con las clases medias y bajas panameñas por el trabajo en una época marcadamente difícil que todavía empeoraría más con el Crac del 29. Para ese momento, se estaba generando un ambiente conflictivo que propiciaba el cuestionamiento del poder de la clase alta y que incentivaba la organización obrera. No en vano, en 1930 se fundó el Partido Comunista de Panamá.

Desde esta posición complicada, la clase gobernante inició toda una operación ideológica de repudio de lo extranjero y de reafirmación de lo panameño. Para ella, la identidad propia, ya de por sí no muy consolidada a causa de la independencia tardía, estaba gravemente amenazada por la presencia foránea y había de fortalecerse. Con tal propósito llevaron a cabo una selección de los elementos que, a su juicio, formaban el ser nacional y que se correspondían con las formas de vida de la zona rural del país, la más aferrada a la tradición. Obviando la compleja y multiforme realidad demográfica del país, la oligarquía trata de establecer el modelo de Panamá como una nación mestiza (aunque el elemento indígena queda en un segundo plano) de cultura hispana, lengua española y religión católica (Pulido Ritter, 2006: 25). Los zoneítas estadounidenses, los jamaicanos y barbadenses, de cultura anglosajona, lengua inglesa y religión protestante, quedan fuera de esa representación ideal de la nación. También se critica el comercio, el turismo y todo aquello que provenga de fuera. Se trata, como señala Pulido Ritter (2007: 10), de una reacción antimoderna a la modernidad neocolonial del país que conduce al encierro en sí mismo.

Este nacionalismo, que busca la vuelta a un pasado ideal de homogeneidad que quizá nunca existió, se va a difundir desde los centros educativos, los medios de comunicación, el gobierno – varios son los intentos de negociar con Estados Unidos para tomar el control del canal (1926, 1947, 1955) y de repatriar a los inmigrantes (1933)–, y desde la actividad historiográfica, filosófica, artística y literaria (Pulido Ritter, 2007: 8).

En un país que para 1916 tenía una tasa de analfabetismo del 76% (Ardito, 2013: s/n.), el hacer carrera en estos sectores estaba prácticamente vedado a la participación de las clases bajas y medias. Solo los más adinerados podían avanzar en sus estudios, que hasta 1935 se habían de completar en el extranjero, pues solo en ese año funda Panamá su primera universidad. De este modo, la política, el arte, el conocimiento humanístico y científico, la mayor parte de la producción literaria y las editoriales están en manos de unos pocos privilegiados que,

defendiendo los intereses de su clase, van a expandir su mensaje nacionalista tratando de ganar adeptos entre las masas para su causa.

Debido a esta deriva nacionalista, lo que se observa en el pensamiento y la creación panameña de este periodo son constantes ataques contra las grandes ciudades del país (Panamá y Colón) –allí vivían mayoritariamente los extranjeros–, que se describen como antros del vicio, lugares enfermos trastornados por el dinero, el juego y la prostitución, agudas críticas contra los estadounidenses y sus imposiciones y amargas invectivas contra los antillanos. Paralelamente, se reivindica la vida del campesino porque se le considera más puro, incontaminado por influencias externas, más panameño. El folclore, los bailes, las fiestas, las creencias, las vestimentas populares y los giros dialectales propios de las regiones interiores pasan a ser materia de primer interés. *Tradiciones y cantares de Panamá* (1930) de Narciso Garay ejemplifica a la perfección el momento por el que atraviesa la intelectualidad nacional por su modo de obviar los elementos de la modernidad (ferrocarril, canal, población extranjera) y por encerrarse en lo rural como paradigma del ser panameño (Pulido Ritter, 2010: s/n.).

Sin embargo, aun a pesar de esta operación de largos tentáculos de las clases altas, ese retorno a una situación tradicional de la nación se demostró una utopía: ya nada podía detener el proceso modernizador que atravesaba Panamá; en lugar de atraer las ciudades al campo se produjo más bien lo contrario: la inmigración de los campesinos a la ciudad en busca de mejores condiciones de vida y la absorción en un grado notable de las influencias estadounidenses por parte de la cultura nacional. No obstante, desde el punto de vista del imaginario panameño, esa manera de interpretar la realidad del país fue determinante y marcó el desarrollo nacional hasta, por lo menos, el golpe de Estado de Omar Torrijos (1968), ayudando a consolidar el sentimiento identitario de la comunidad istmeña.

La labor intelectual de Octavio Méndez Pereira refleja todo este proceso. De familia acaudalada, pudo estudiar en Chile para completar su formación y participar en la vida intelectual del país con sus tratados sobre pedagogía, historia y literatura (Real, 1959: 3). Méndez Pereira, que ocupó varios puestos políticos de importancia (fue, entre otros cargos, ministro de educación entre 1924 y 1927) fue pasando, al igual que su clase social, por todo el desarrollo emocional e intelectual antes descrito. Él participó de ese entusiasmo inicial por lo estadounidense, lo que puede apreciarse en su tratado de 1915 *Historia de la instrucción pública en Panamá*. En él defiende para el país un sistema educativo que, basado en las ideas del filósofo

pragmático John Dewey, establezca la instrucción, obligatoria y gratuita, como elemento esencial para la salud de la democracia (Méndez Pereira, 1999: 299).

En 1918, Pereira, rector del Instituto Nacional, va a implementar, siguiendo el modelo norteamericano, la coeducación, una medida muy avanzada que suscitó polémica y rechazo entre muchos progenitores porque juntar chicos y chicas adolescentes en la misma aula se veía como algo antinatural. No obstante, ese pensamiento abierto a las influencias extranjeras se irá cerrando paulatinamente, hasta terminar rechazando todo lo foráneo porque, desde su óptica, está amenazando la identidad panameña.

Esta retracción hacia lo propio, en consonancia con el pensamiento de su clase social, se percibe contundentemente en su artículo de 1940 “Panamá, país y nación de tránsito”, donde propone cerrar el país a lo extranjero, pues de su mano han llegado siempre los males para Panamá, en forma de colonialismo y neocolonialismo (Méndez Pereira, 1987: 63). Para él, la salida a esa situación precaria se encuentra en la potenciación y desarrollo de la industria y agricultura nacionales (Méndez Pereira, 1987: 63). Para ello, la educación, impregnada de nacionalismo, debe dirigirse a fomentar la explotación de las verdaderas riquezas patrias (Méndez Pereira, 1987: 66-67). Este giro en su pensamiento tiene también su correlato novelístico en *Tierra firme* (1940), obra en la que Pereira describe la destrucción de Panamá por el pirata Morgan y sus hombres y reivindica las bases hispanas del istmo.

El tesoro de Dabaibe (1934) representa un estadio intermedio del desarrollo de su pensamiento. La finalidad que persigue con esta novela es, claramente, fortalecer las raíces hispanas de la nación, pero no se observa una marcada crítica a lo extranjero. En consonancia con la oligarquía gobernante que, tomando al extremeño como héroe propio, en 1904 había proclamado el balboa como la moneda nacional y que en 1933 había creado la Orden Vasco Núñez de Balboa como la condecoración más distinguida para premiar las aportaciones en letras, ciencias y arte de nacionales y extranjeros, Méndez Pereira presenta a Balboa como la base mítica sobre la que se asienta la nación (García, 2001: 461). Para eso “panameñiza” al personaje vinculándolo al canal, el otro gran símbolo istmeño, con el que sueña siglos antes de ser ejecutado:

¿Quiénes son aquellos hombres nerviosos y con chivera que ahora cavan la tierra de Castilla del Oro, desde el Atlántico hasta el Pacífico, para abrirles una brecha a las naves? ¿Y esos otros, fornidos y rubios, rapados y simples como niños gigantes, que han traído maquinarias y palas monstruosas y compuertas enormes que se abren y se cierran matemáticamente? Ved

cómo pasan a través del istmo buques con todas las banderas de todos los países de la tierra (Méndez Pereira, 1934: 202-203).

Asimismo, la condición mestiza de la nación queda verificada, desde los orígenes, mediante la historia de amor entre el jerezano y Anayansi, un personaje indígena cuya identidad ha sido puesta en cuestión por la historiografía nacional, pero que en el imaginario panameño, fomentado desde la escuela, fue aceptado como real tras la obra de Pulido Pereira:

Sobre el personaje de Anayansi recae la mayor polémica en torno a la veracidad histórica de su existencia, entre los historiadores de Panamá. Casi todas las narrativas recientes sobre este personaje reconocen que fue rescatado o inventado por una novela [...], cuyo autor, Octavio Méndez Pereira, fue un connotado intelectual y Primer Rector de la Universidad de Panamá [...]. Durante la presente investigación, se pudo confirmar que este libro *El tesoro del Dabaibe o de Núñez de Balboa* no es más que una lectura obligatoria en las escuelas. Mientras que la narrativa de Octavio Méndez Pereira parece haber sido ampliamente aceptada por la leyenda de Panamá, los libros de historia más recientes tienden a suprimir la narrativa de Anayansi (Porras, 2005: 7).

Cuando define a la pareja protagonista de este modo, el autor está seleccionando, desde la perspectiva de las élites criollas, los elementos que conforman las verdaderas bases de la comunidad panameña. Los afroamericanos, a los que prácticamente ni se les menciona en la obra, son excluidos de esta nación imaginada. Peter Szok (2002: 150) señala a este respecto:

Their chivalrous love [entre Balboa y Anayansi] stands in stark contrast to the tumult of modernity while concealing the country's ethnic multiplicity, especially the thousands of West Indians who arrived to work on the canal. These blacks and the many others who had come earlier, during the Spanish colony, are nearly absent from the author's portrayal of Panama. Blackness has no place in this conception of the nation.

Lo que se busca con esta estrategia es superar el sentimiento de crisis y los conflictos contemporáneos y soslayar la falta de adecuación de la heterogénea realidad panameña al modelo de nación occidental cohesionada que se pretende implantar. El autor presenta los componentes étnicos mayoritarios de su sociedad viviendo un pasado armónico, en el que se unen de manera no violenta, minimizando los fuertes antagonismos que determinaron sus contactos desde los inicios de la conquista y proyectando ese entendimiento al momento presente. Para ello, moldea la historia a su gusto, la transforma y selecciona los elementos más adecuados a su forma de ver la realidad nacional. Por todo ello, sus intentos de presentar la novela como verdad, que se refuerzan con la inclusión de una bibliografía al final del relato, con la mención de importantes cronistas de Indias y con declaraciones como la siguiente: “No hay en

esta relación nada que no sea estrictamente histórico. Y no podía ser de otra manera. La experiencia me ha enseñado que la verdad sola, lo maravilloso real, es más maravilloso que las maravillas imaginarias” (Méndez Pereira, 1934: 7), quedan en entredicho. La historia es traicionada con el propósito, de suma importancia para Pereira, de consolidar el sentimiento de nación, cimentar la cohesión del tejido social y dotar a la ciudadanía de una narración del pasado que fortalezca y dé esperanzas a la hora de afrontar el presente turbulento.

Pereira no es original en este punto, más bien tardío (Szok, 2002: 148). La representación de las bases raciales que conformaban la identidad propia mediante un idilio amoroso no era algo nuevo cuando se publicó esta obra. Ya en el siglo XIX, como señala Doris Sommer (1991: 6), era un recurso típico de las novelas latinoamericanas escritas tras la independencia, cuya misión era reforzar los vínculos ciudadanos con los nuevos países y colaborar en la superación de los momentos conflictivos que se vivían en aquel tiempo.

Acorde con sus intenciones, para pergeñar este relato Méndez Pereira va a adoptar como modelo el romanticismo decimonónico, que quedaba ya muy atrás, pero cuyos presupuestos cuadraban bien con las finalidades que perseguía. Esta manera de entender el arte y la vida es la más apropiada para el autor, primero, por su apuesta nacionalista y, además, porque se basa en la plasmación idealizada de la realidad, transformada por la visión subjetiva de los creadores. En la obra de Pereira tanto los protagonistas, Balboa y Anayansi, como el medio en que viven, la naturaleza virgen y exótica del istmo, se someten a un proceso de embellecimiento que los ensalza y que, a su vez, glorifica la historia y el paisaje panameños. Todos los elementos que intervienen en la construcción textual contribuyen en la estilización a la que es sujeta la realidad en su traslado al relato: el lenguaje solemne, las comparaciones, las metáforas y, en general, los recursos retóricos y, por supuesto, las descripciones que remarcan la hermosura del escenario en que transcurre la acción.

Otras características básicas que la crítica (Balbín, 1999) ha percibido en la literatura romántica serían la vuelta a un pasado heroico y más puro que el presente; la exaltación de la naturaleza, en muchas ocasiones puesta en relación con el estado de ánimo de los personajes; un individualismo radical; los presagios que anuncian el final trágico del protagonista excepcional, siempre en lucha con su medio, siempre incomprendido; y, finalmente, el amor como vía trascendente para elevar la condición humana hacia lo sublime, pero que se articula, como ha sido visto por la crítica de signo feminista, de una manera desigual que sitúa a la mujer en un plano pasivo y al hombre, en el de la acción:

El amor romántico perjudica seriamente la igualdad, porque sigue representando a los hombres y las mujeres como seres diferentes con roles opuestos pero complementarios. El modelo masculino son príncipes azules activos, fuertes, protectores, y a las mujeres se nos representa como princesas débiles, sensibles y desprotegidas (Herrera, 2013: 8).

Todos estos rasgos se detectan en el relato de Méndez Pereira. La ambientación en el pasado es evidente, en tanto que nos encontramos ante una novela centrada en los tiempos de la conquista, en concreto, en el período que transcurre de 1510 a 1519, es decir, desde la llegada de Balboa con la escuadra del bachiller Enciso a Tierra Firme hasta su muerte, ejecutado por los hombres de Pedrarias. Este periodo se presenta de manera heroica, caballerescas, una buena época para las grandes hazañas. En consecuencia, se evita mostrar la guerra en toda su crudeza y brutalidad y lo que más se destaca es la valentía de los españoles y la altura de las proezas que llevaron a cabo en un medio natural tan duro. Estos son considerados seres superiores a los indígenas y se describen como los portadores de la alta civilización europea a un mundo bestial e incomprensible:

Estos salvajes [...] tenían costumbres y leyes que a los españoles parecieron, desde luego, muy extrañas. Por ejemplo, las mujeres daban a luz solas a la orilla de un río y a poco continuaban su trabajo cotidianamente, como si nada les hubiera sucedido. Los hijos deformes y los que tenía una mujer con hombre de otra tribu eran ahogados en el río. Las mujeres adúlteras sufrían la pena de ser enterradas vivas. Un hombre podía tener tantas mujeres como pudiera mantener (Méndez Pereira, 1934: 32).

La fascinación de los indios por las hachas, las armaduras y los arcabuces españoles, reiterada frecuentemente en la novela (pp. 59-60, 74 y 106, por ejemplo), subraya esa superioridad técnica del hombre blanco que transporta a una América atrasada.

Asimismo, la naturaleza se muestra en todo su esplendor con sus animales extraños, sus árboles imponentes y sus maravillas ocultas y, en frecuentes ocasiones, su apariencia se conecta con las emociones que sienten los personajes:

Muy a pesar suyo, debió quedarse Anayansi. Encargados de cuidarla fueron Botello, Muñoz y Argüello. Desde la playa vio ella, con lágrimas en los ojos, alejarse las naves y canoas que se llevaban a su amo y señor [...]. Las nubes, plomizas y pesadas, se confundían con las cumbres de las montañas oscuras. Los bambúes, flexibles y frondosos, anticipaban el ruido de la lluvia con sus hojas. [...] Las palmeras, rígidas, ponían en el paisaje la aristocracia de su melancolía (Méndez Pereira, 1934: 71).

En línea con ese enlace entre los personajes y esa naturaleza llena de misterios, Méndez Pereira toma un recurso de *María* (1867) del colombiano Jorge Isaacs, novela muy leída e influyente en Panamá, así como en toda Latinoamérica, el pájaro negro que, sobrevolando varias veces sobre Balboa, preludia su final trágico: “Mientras [Balboa] se paseaba por el centro de la plaza de Acla, una [sic] ave negra pasó rozando su frente, y con las patas le arrojó al suelo el casco que llevaba” (Méndez Pereira, 1934: 187). El lugar en el que se coloca el cadalso para su ejecución es precisamente donde anteriormente el extremeño se estremeció ante el vuelo del animal.

Por su parte, el amor es un elemento central de la trama y es tan fuerte, tan auténtico, que trasciende la vida mortal de los personajes, como puede apreciarse en el último capítulo de la obra, en que los indios festejan la unión de los amantes en el más allá, ahora como sombras que desaparecen juntas, quedando subsumidas para siempre en el alma panameña. No obstante, la relación sentimental entre los protagonistas es desigual: Anayansi siempre es protegida por Balboa de los peligros, bloqueando su capacidad de acción y reduciéndola a un papel pasivo. Y lo que es peor: además de estar marcada por ser mujer, la indígena también sufre su condición de nativa y, por ello, de ser salvaje, inferior al conquistador europeo. Numerosos son los ejemplos en que se resalta su alma primitiva y su posición de sierva del amante español: “Anayansi lo adoraba. Sentía por él un cariño que no razonaba, instintivo, como el que deben sentir los perros por su amo. Si le hubiera ordenado morir, habría cumplido ella la orden sonriendo” (Méndez Pereira, 1934: 52). Si bien la novela se esfuerza por mostrar que la influencia es mutua y equilibrada, lo que realmente se percibe es bien distinto. Mientras Balboa, como resultado de su relación con Anayansi, únicamente comprende mejor a los indios y, en consecuencia, dulcifica un tanto su carácter con respecto a ellos, la india debe despojarse de su cultura y adoptar, progresivamente, la lengua y la vestimenta castellana. Incluso, se muestra de acuerdo con la aculturación que sufre su pueblo: “¿Por qué, Vasco, señor y amo mío, no te haces tú el rey de todas nuestras tribus para que las enseñes a vivir como los blancos, a adorar a vuestro Dios, a trabajar las minas y a cultivar las tierras?” (Méndez Pereira, 1934: 133). Asimismo, en su descripción, además de lealtad y ternura, lo que más se destaca es el poder sexual de su cuerpo y la seducción de sus bailes: “Llevaba la bailarina [Anayansi] un ligero vestido, que más que vestido parecía una gasa hecha expofeso para tamizar el perfume de su carne de canela. Perfume penetrante y complejo de cuerpo primitivo, lleno de sutiles esencias y variadas exhalaciones” (Méndez Pereira, 1934: 57-58). En concordancia con la manera de abordar al “otro” que

caracteriza al romanticismo más típico, exotismo, sensualidad, primitivismo y sometimiento son los rasgos que determinan la figura de la indígena en esta novela y, en consecuencia, su relación asimétrica con el héroe.

Finalmente, la inclinación hacia el individualismo en la novela se manifiesta en el hecho de que todo el relato gira en torno a la figura pretendidamente excepcional de Balboa, “nuestro héroe” (Méndez Pereira, 1934: 140), siempre en lucha ante la incapacidad y las envidias de los poderosos, dejando al resto de personajes apenas perfilados. Su carácter extraordinario reúne toda una amalgama de cualidades muy positivas que lo hacen digno de ser la base sobre la que erigir la patria: es guapo, elocuente, inteligente, buen guerrero y gobernante, amigo de sus subordinados, leal a sus superiores, aunque rebelde si estos son incompetentes y, si algo negativo sucede, nunca es por su causa. Se presenta como un modelo de conducta frente a una sociedad colonial incipiente marcada por la codicia, el egoísmo, la ineptitud y la corrupción. No obstante, siendo este el punto clave del artículo se retomará en profundidad después.

2. BARTOLOMÉ DE LAS CASAS Y LA DENUNCIA ANTE LA TRAICIÓN DEL MANDATO DE DIOS

A diferencia de Méndez Pereira, una figura cuya importancia se circunscribe básicamente a su país natal, Bartolomé de las Casas es un personaje ampliamente conocido en el mundo hispánico. Hombre de gran valía y, quizá, adelantado a su tiempo, ha recibido la atención de multitud de investigadores (entre otros, Hernández, 2015; Mira, 2009; Iglesias, 2007; Castro, 2007; Borges, 1990). Cada uno de estos autores tiene su propia visión en torno al personaje; a veces, incluso, esas diferentes perspectivas son altamente contrapuestas, pues, no en vano, estamos ante una de las figuras que más controversia ha provocado en el ámbito de la historiografía en castellano. Remitimos a los lectores a estos estudios para profundizar en la obra del fraile sevillano y su papel en la historia². Aquí solo se tratarán los aspectos pertinentes al desarrollo de los objetivos de este artículo.

La *Historia de las Indias* de Las Casas pertenece al voluminoso grupo de obras, de muy variado tipo, que conforman la llamada crónica de Indias. La crónica era un género histórico característico de la Edad Media castellana que, una vez efectuado el descubrimiento del Nuevo Mundo, se exportó con el propósito de informar y explicar lo hallado en esas lejanas tierras, lo

2

Un recuento bibliográfico interesante es *Bartolomé de las Casas 1474-1566: Bibliografía crítica y cuerpo de materiales para el estudio de su vida, escritos, actuación y polémicas que suscitaron durante cuatro siglos* (1954) de Lewis Hanke y Manuel Giménez Fernández, trabajo antiguo, pero de valor.

cual se juzgaba de excepcional importancia. Aunque en su génesis está la intención de plasmar la realidad tal cual es, en el medievo la historiografía no era entendida como en la actualidad. Mezcla de leyendas, datos y concepciones inspiradas por las aportaciones de autoridades clásicas y cristianas, el estudio de la historia se veía, como es natural, limitado por un conocimiento todavía un tanto imperfecto del mundo. Uno de los rasgos que más se destacan es la inclinación por entroncar, en la medida de lo posible, la historia del momento presente con la tradición anterior y por vincularla con las Sagradas Escrituras y con el pasado grecorromano. Lo que se buscaba era una explicación que fomentase la estabilidad y el sentido de pertenencia a la herencia mediterránea. A pesar de las dificultades ante las que se enfrentaron estos cronistas y juzgando desde una perspectiva que quiere evitar cualquier rasgo de presentismo, se consiguieron logros interesantes y de gran valor para los marcos de referencia de su época. La obra creada en la Escuela de Traductores de Toledo es, entre muchos otros, un buen ejemplo de ello.

Claro está, en ese traslado de Castilla al Nuevo Mundo, la crónica se transforma. La entrada en escena del nativo americano, una figura a la que no se le encuentra acomodo en ninguna tradición hasta ese momento conocida, provoca un cuestionamiento de esa concepción medieval castellana de la historia e inicia un proceso de investigación en torno a las nuevas realidades descubiertas. Todo ello se verá estimulado por la visión renacentista, de la que el género paulatinamente se va impregnando, e impulsado por la curiosidad de los cronistas, personajes de tan variada procedencia, cuyos modos de trabajar se van perfeccionando con el tiempo. Estaríamos hablando del paso de la carta de relación de los primeros momentos a las grandes y voluminosas crónicas parciales y generales. Es decir, las obras que abordan todo el periodo exótico, ambiguo, lejano y altamente estudiado que transcurre de 1492 a principios del siglo XVII. Se podrían evocar muchos nombres, cuya sola enunciación sirve para pintar un panorama: Colón, Cortés, Andagoya, Fray Motolinía, Díaz del Castillo, Gonzalo Fernández de Oviedo, Guamán Poma de Ayala y, por su puesto, la brillante figura del Inca Garcilaso.

La obra de Las Casas se inserta como una pieza importante dentro de este mosaico. Quizá fue uno de los primeros en darse cuenta del paso de un modelo textual al otro. De hecho, sus fuentes (tema muy controvertido en el que resultaría complicado entrar) tienen como referencia, entre muchos componentes, los textos anteriores. Además, trata de ofrecer una visión global de buena parte de las primeras décadas del periodo del descubrimiento y conquista. Ambivalente,

controversial, y siempre discutida, puede ser que también limitada, su obra se presenta como un testimonio casi tan complejo como la época que busca retratar.

Siendo conscientes de que, por razones de espacio, estamos simplificando quizá en demasía, cabe señalar que la concepción que, generalmente, se tenía de la historia a finales de la Edad Media era principalmente moral; en esencia, daba cabida a los grandes hechos y héroes como *exemplum* imitable que debía guiar las vidas de los lectores (Serna, 2000: 61). Cuando América se descubrió, todas las leyendas y fantasías que poblaban la mente del hombre medieval se proyectaron sobre ella como vía para explicarla, imaginarla y darle sentido. No en vano, O' Gorman (1977) propuso que América en esos primeros momentos, más que descubrirse, se inventó.

En ese sentido, la obra del fraile Las Casas no es diferente, aunque el sevillano se presente, así lo señala en numerosas ocasiones, como el mejor testigo: “Resta, pues, afirmar con verdad solamente moverme a dictar este libro la grandísima y última necesidad que por muchos años a toda España, de verdadera noticia y de lumbre de verdad en todos los estados della, cerca deste Indiano Orbe, padecer he visto” (Las Casas, 1978a: 11). Esa condición de testigo visual de buena parte de los hechos relatados, pero sin presentar más pruebas que su palabra, impide, aunque Las Casas fuese un perfecto conocedor de las cosas de Indias, la validación rigurosa y exacta de lo que narra.

Asimismo, su obra está presidida por la idea de que Dios había dispuesto el descubrimiento de América en manos de los cristianos para que difundieran la supuesta única fe verdadera entre las gentes que poblaban los nuevos territorios. En palabras de Saint-Lu (Las Casas, 2009: 33), para el fraile, “la misión apostólica de propagación de la fe cristiana [era] la condición expresa justificadora de la presencia y dominación española en el Nuevo Mundo”. Lo que ocurre es que la forma que emplean estos para asentarse allí y la que defendía el obispo de Chiapas diferían enormemente. Mientras el segundo proponía la vía pacífica y dialogante, los primeros se decantaron por la vía militar, en la que eran superiores por su tecnología, con las altas dosis de violencia que conllevó. El problema que va a evidenciar Las Casas es precisamente ese: que los españoles no estaban cumpliendo con los propósitos que, según creía él, Dios había dispuesto al dejar el nuevo territorio en sus manos; de ahí su denuncia contra la crueldad empleada contra los indios, una protesta que lo condiciona todo en su escritura.

La finalidad que persigue Las Casas, poner en entredicho la actuación de los españoles en el Nuevo Mundo por su mala conducta, supedita el contenido y la estructura de sus obras. Como

indica Saint-Lu en su estudio introductorio a la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (Las Casas, 2009: 26), en la obra del dominico, “tratándose de un arma de combate, tiene también su importancia, a la manera de la estrategia o táctica inherente a toda clase de lucha, la organización de la materia, o sea, en este caso la estructuración de los textos con miras a la mejor consecución de los fines perseguidos”. Es desde esta perspectiva que se ha de entender esa crucial y repetidísima, aunque simplista, oposición entre lobos (los españoles, que son malos, tiranos, violentos, codiciosos) y ovejas (los indios, que son buenos, pacíficos, generosos, desprendidos ante la posesión de bienes materiales, inteligentes), que gobierna tanto el contenido de la *Brevísima* como de la *Historia*. A este respecto, Saint-Lu (Las Casas, 1978a: XXVII) señala:

Donde no se puede dejar de tomar en cuenta la fuerte huella lascasiana es en la manera de relatarlos [los hechos]. Perfectamente adecuada como verdad global, la presentación antitética de la violencia de los españoles frente a la mansedumbre de los indios peca con evidencia de esquemática, no atendiendo (...) a la natural diversidad de las personas ni a las posibles mudanzas de las circunstancias.

Algunas de las deformaciones que realiza el religioso sevillano sobre el objeto que trata serían, por ejemplo, la ocultación, las más de las veces, de las inclinaciones agresivas y belicosas de los indios, que como humanos también las tenían y que los llevaban a hacerse la guerra entre sí por el poder, o la gran cantidad de muertes que no por las armas o los trabajos forzados, sino por las enfermedades, se produjeron entre los conquistados. También son frecuentes las hipérboles que exageran las cifras de indios muertos por los españoles o las bondades de la naturaleza americana (por ejemplo, los treinta mil ríos de la Vega de Maguá en la Española).

A pesar de todo ello, no dudamos del valor básico de la obra lascasiana, así como de su veracidad esencial –los testimonios de los propios conquistadores no dudan en informar y justificar ante el rey sus atrocidades, necesarias, según ellos, a causa de la guerra–, en una época en que era preciso alzar la voz frente a lo que estaba ocurriendo en las Indias. En este estudio vamos a dejar de lado los tópicos vinculados a la polémica sobre Las Casas. No entraremos en el tan traído y llevado debate de si el fraile sevillano era un antiespañol o todo lo contrario; si dio

inicio, sin quererlo no, a la famosa leyenda negra de España. Lo que se analizará es el tratamiento que da a la figura de Balboa en su *Historia de las Indias* y se contrapondrá con el que llevó a cabo Méndez Pereira en *El tesoro de Dabaibe*.

Como premisa, partimos de la idea de que la presentación de este conquistador, aun a pesar de vivir situaciones muy semejantes en ambas obras, va a estar determinada por las finalidades que persiguen ambos autores. La intención denunciatoria de la obra del fraile dominico va a impregnar de negatividad al personaje, mientras que, por su parte, en la novela panameña, en la que Balboa se reivindica como un personaje importante para la identidad nacional, se va a favorecer su parte más positiva para idealizarlo y glorificarlo, aunque su autor conociera la obra del religioso sevillano, al que cita explícitamente (Méndez Pereira, 1934: 14). Siendo el mismo individuo y habiendo desarrollado la misma trayectoria vital, la figura del descubridor del Mar del Sur se va a ver afectada por los contextos tan diferentes en que se crearon las obras y por los propósitos que impulsan a estos autores a la escritura. En definitiva, ambos escritores se presentan como portadores de la verdad pero, como podrá verse, esos asertos son totalmente cuestionables.

3. NÚÑEZ DE BALBOA: ENTRE EL HEROÍSMO IDEALIZADO Y EL CRIMEN NEFANDO

Mientras que *El tesoro de Dabaibe* tiene como personaje central al conquistador extremeño y desarrolla por extenso los últimos años de su vida, en la *Historia de las Indias* solo ocupa una parte de la enorme galería de figuras que la pueblan. Los capítulos que se centran en él pertenecen al Libro II (capítulos 62-68) y al Libro III (del 39 al 52 y del 74 al 76). En los capítulos 52-73 del Libro III el gobierno de Pedrarias Dávila en Tierra Firme cobra protagonismo y Balboa, tras cederle el mando a aquel, se convierte en una figura secundaria, volviendo a tener importancia solo al final de su existencia.

Los acontecimientos principales de la biografía de Balboa están presentes en ambas obras: la llegada al Darién, la fundación de Santa María La Antigua, la rebelión contra Enciso y la substracción de su mando, el nombramiento de Balboa como alcalde en cabildo abierto (el

primero del continente americano), el descubrimiento del Mar del Sur, los roces y desconfianzas con Pedrarias, el matrimonio *in absentia* con la hija mayor de este, María Peñalosa, y su ejecución. Y las dos coinciden al destacar que Balboa era muy respetado por sus hombres y muy apto para la guerra: fuerte, valiente y sacrificado. También, subrayan su apariencia del mismo modo: el extremeño era bien formado y robusto. No obstante, lo que varían son los detalles, los matices de que se rodea al personaje, la constelación de nociones e inferencias que se proyectan sobre él. Por ejemplo, Las Casas a esas dotes positivas añade que su fama entre el resto de soldados lo volvió orgulloso (Las Casas, 1978b: 229), un aspecto de su personalidad que en la novela panameña se obvia. Asimismo, para el fraile, la belleza exterior del conquistador no es relevante, ya que, a los ojos de Dios, esta queda anulada a causa de sus malas obras. Así, cuando el extremeño suelta sus perros para que maten a Pacra, un cacique que, al parecer, era deforme, por resistirse a revelar de dónde había extraído un oro que los españoles habían encontrado cuando asolaron su poblado, puede leerse en la crónica: “Harto más injusto, más infeliz y más feo parecía y era Vasco Núñez, ante el acatamiento de Dios, haciendo las injusticias y tiranías e infestaciones que por toda aquella tierra cometía él y los demás, teniendo el apellido y nombre cristiano, que Pacra, aunque más feo [...] fuese” (Las Casas, 1978c: 187). En la novela de Pereira no es posible hallar ningún juicio tan estricto como este sobre el descubridor.

Tanto en la novela como en la crónica se introduce, por primera vez, a Balboa saliendo de un tonel en el que viajaba de polizón, pues tenía prohibido marcharse de La Española a causa de sus deudas, en el bergantín en el que Enciso se dirigía a ayudar al gobernador de Urabá, Alonso de Ojeda. Hasta ahí coinciden; no obstante, en la novela panameña, Balboa demuestra sus extraordinarias dotes levantando a un soldado italiano que quiere atacarle por encima de su cabeza y tirándolo contra el suelo sin demasiado esfuerzo. Esa es la prueba definitiva que hace ver al bachiller y a la tripulación la valía del extremeño, al que momentos antes querían abandonar en una isla desierta (Méndez Pereira, 1934: 13-14). Es esta una impactante imagen para empezar a dotar al héroe de sus características idealizadas. Las Casas, por su parte, no menciona este lance en su obra, lo que hace pensar que es fruto de la imaginación de Méndez Pereira.

La primera expedición importante de Núñez de Balboa también resulta de especial interés por las diferencias con que se interpreta en ambas obras. Tras tomar el mando de la colonia Santa María La Antigua, villa que fundan los españoles en el Darién, el extremeño decide atacar a un caudillo de la región, del que cree tener mucho oro. Se dispone, en palabras de Las Casas, a

“infestar, turbar y angustiar y robar al cacique Careta, que nunca le había ofendido” (1978c: 149). Con él van ciento treinta soldados, o “apóstoles” como sarcásticamente les llama el dominico. El jefe español finge su retirada, tras escuchar que el indígena no tiene nada para darle a causa del desgaste que está padeciendo por una guerra que mantiene con Ponca, otro señor de la zona; pero por la noche ataca y cae sobre los indios, dormidos y descuidados. Matan a muchos nativos y capturan a Careta, a sus mujeres e hijos y los mandan a la villa española con todo lo que pueden robarle. Con fina ironía, el fraile denomina esta acción “grande gesta” (Las Casas, 1978c: 150).

Mientras que en la *Historia* Balboa es el responsable principal de esta acción, en la novela panameña, sin embargo, el español actúa “sugestionado” por Juan Alonso, un soldado que le induce a creer que el cacique miente y que guarda mucho oro. No solo eso, sino que se indica que “contra lo que pudiera creerse, Careta y su familia fueron tratados por Balboa con gran cortesía y consideración [...] por arrepentimiento de su perfidia para con el pobre indio” (Méndez Pereira, 1934: 49). En la crónica del fraile sevillano Balboa nunca se arrepiente de su trato a este jefe.

Más tarde, con Careta subyugado, se resuelve la cuestión: ambos se unen para luchar contra Ponca, que también acabará derrotado. Además, se produce otro momento importante: Careta le entrega una de sus hijas a Balboa, de la cual Las Casas no da ni el nombre. Todo apunta a que esta sería Anayansi. Esta india, que cumple un papel fundamental en *El tesoro de Dabaibe* porque posibilita la inclusión del idilio amoroso representativo de la identidad nacional y permite exponer otras facetas de Balboa que lo humanizan, pues ayuda a mostrar que el español es algo más que un tosco y codicioso buscador de oro, en la *Historia de las Indias* apenas tiene protagonismo. El realce de la nativa en la novela, a nuestro juicio, no es más que otra estrategia para intensificar los aspectos positivos del conquistador extremeño. Fray Bartolomé, habida cuenta de los fines que persigue, no incurre en este tipo de concesiones y evita edulcorar a Balboa.

Por otra parte, las relaciones con los indígenas juegan un papel muy relevante tanto en la novela como en la crónica. En *El tesoro de Dabaibe* se nos muestra a un Balboa amistoso con los jefes nativos y propenso a los intercambios comerciales y a los pactos con ellos. Incluso, se le destaca como una rareza entre los conquistadores por sus prácticas más piadosas: “Conciliador y benigno con los nativos hasta donde lo permitían las circunstancias, había logrado atraer su respeto y admiración” (Méndez Pereira, 1934: 82). En algunas batallas ni siquiera es él el primer

agresor, sino los nativos: “Se les veía [a los indios] a la distancia agrupados como hormigas. En el centro, arrogante, adornado con plumas de vistosos colores, se destacaba el cacique. Los españoles le hicieron señales de paz, pero ellos contestaron con una lluvia de flechas y piedras” (Méndez Pereira, 1934: 27). En la novela aparecen batallas entre españoles e indios, pero el énfasis se coloca en que Balboa, con su inteligencia y buen hacer, supo pacificar la región de Darién sin ser demasiado destructivo con sus pobladores originarios. El narrador, más bien, ataca a Pedrarias y sus hombres, a los que culpa de realizar el mayor daño y estropear la obra conciliadora del jerezano.

En la *Historia de las Indias* apenas se esboza esa diferencia entre Balboa y sus hombres y el resto de conquistadores. Ellos siguen básicamente las mismas pautas que tantas veces en esta crónica se juzgan como causantes de la perdición de los nativos. Los españoles siempre atacan primero a unos pobladores que los reciben con bondad. Además, el extremeño aplica las mismas medidas crueles e inhumanas que el resto cuando se trata de refrenar la rebeldía indígena:

Ahorcar a los principales [...] fue y es regla general de todos los españoles en estas Indias, observantísima, que nunca dan vida a ningún señor o cacique o principal que a las manos les venga, por quedar sin sospecha señores de la gente y de la tierra, en los señoríos ajenos durmiendo a pierna tendida (Las Casas, 1978c: 165).

Según el fraile dominico, el mismo conquistador relata cómo había ejecutado a 30 caciques en una misiva (hoy perdida) a Diego Colón, gobernador de La Española en aquel tiempo (Las Casas, 1978c: 157).

Las correrías y las consecuentes matanzas que protagonizaron Balboa y sus hombres juegan un papel mucho más destacado en la crónica del sevillano que en la novela panameña. En la *Historia de las Indias* la coacción sobre los nativos se entiende, en primer lugar, como una ofensa a Dios, pues es contraria al objetivo de convertir al cristianismo a los indígenas por medios pacíficos que, en la visión providencial lascasiana, justifica la presencia española en el Nuevo Mundo. En segundo término, es un atentado contra el derecho de soberanía de estos pueblos que, dada la condición racional de sus señores y su capacidad de autogobierno, ha de respetarse al mismo nivel que en el caso de los reinos europeos. Para Las Casas tan legítimos son los estados del viejo continente como las naciones indígenas. Para apreciar mejor este aspecto, vamos a poner por caso uno de los acontecimientos más controvertido en la expedición que Balboa emprendió para descubrir un mar, el océano Pacífico, al que juzgaba lleno de posibilidades para conseguir riquezas. Marchando por la selva, los españoles se topan con el

cacique Torecha y su ejército, al que aplastan fácilmente en virtud de su superioridad armamentística. Entre los cautivos encuentran a un hermano del cacique y otros hombres vestidos de mujer y, juzgándolos culpables de sodomía, Balboa ordena echarles los perros, que portaba como un arma más, para que los maten. A este respecto puede leerse en la crónica:

¿Quién hizo juez a Vasco Núñez, o con qué autoridad se constituyó alcalde en señorío o jurisdicción ajena, siendo él súbdito de aquellos naturales señores por estar en su tierra, y que de justa justicia, por sus tiranías, invasiones y robos tan universales y por toda ley natural, divina y humana, dañados, si fuerza tuvieran, podían hacerlos cuartos y tajadas? Cuanto más que aun traer algunos aquel hábito [de mujer] podía ser por otra causa, sin pensar en cosa del pecado nefando (Las Casas, 1978c: 176).

Para valorar estos hechos, el fraile “acude discursivamente a la legalidad de Occidente, recalcando que por ser una expedición, a Balboa no se le concedía el derecho a juzgar y condenar” (González, 2008: 137), sino el deber de obedecer y respetar por hallarse en territorio ajeno. No obstante, es el desprecio a los indígenas, no asimilables a la tradición europea, seguidores de falsas religiones e inferiores por su incapacidad técnica, el que lleva a Balboa a saltarse cualquier código y ultrajarlos. En consecuencia, esa soberbia es incompatible con el mandato divino de evangelizar pacíficamente a los pobladores del Nuevo Mundo y, por ello, merece sanción.

Esta escena y otras similares también aparecen, como ya se ha señalado, en la novela de Méndez Pereira, pues son prácticamente inherentes al episodio histórico tratado, pero la lectura que se hace de ellas es muy diferente. En muchas ocasiones, se hace responsables de las tropelías a algunos hombres crueles que, en un momento dado, a causa del furor de la batalla escapan del control de Balboa. A él siempre se le deja fuera de las acciones reprobables o se le excusa por ellas: “Colmenares, que había atacado por un flanco distinto, hizo asaetar o ahorcar a los principales promotores del levantamiento. Cruel carnicería, con la cual estuvo de acuerdo Balboa sólo en cuanto sirvió de escarmiento en el futuro” (Méndez Pereira, 1934: 80). Además, jamás se cuestiona el derecho de estos hombres extranjeros a asaltar estos señoríos, ya que es parte de su labor: civilizar a seres primitivos con costumbres simples, si no absurdas, y conectar esas tierras salvajes con la civilización europea, su alta cultura y progreso en virtud del mestizaje (Méndez Pereira, 1934: 81). De hecho, no se duda de la homosexualidad de los indígenas de Torecha para mostrar sus prácticas desviadas y justificar de alguna manera sus muertes: “En castigo de vicios y delitos monstruosos, fueron después destrozados por la jauría” (Méndez Pereira, 1934: 106). Esta interpretación de la violencia tiene mucho que ver con la finalidad con que se presentó la

novela: reivindicar las raíces hispanas de Panamá. Tratar estas matanzas como un baldón de culpas que pesan sobre el héroe, al que se quiere convertir en base de la identidad nacional, resultaría altamente contraproducente. De hecho, Balboa, “horrorizado”, retira los perros para poner fin a la escena.

Por otro lado, los propósitos que impulsan a Balboa y a sus hombres también resultan de interés, ya que en ambas obras se presentan de manera diferente. En la novela, el deseo de enriquecerse del conquistador y sus hombres, que no se oculta, se equipara con una intención de servicio al rey y a la causa de Castilla. Preparando su expedición al Mar del Sur, del que sabía por los indígenas, el extremeño se dice a sí mismo: “Si perezco en la aventura, habré encontrado la muerte gloriosamente en servicio de España. Si triunfo, ¿quién podrá arrebatarme la gloria de haber conquistado para mi pueblo un mar desconocido y tal vez tesoros fabulosos?” (Méndez Pereira, 1934: 91). Asimismo, constantemente se muestra el cuidado que pone Balboa en que el rey reciba su parte y que con ella pueda seguir luchando por la expansión del cristianismo. De manera opuesta, otros capitanes (por ejemplo, Juan de Ayora) no declaran el dinero conseguido en sus expediciones para no dar su parte a la corona. Ese énfasis reiterado en el famoso “quinto” y en los servicios prestados a la monarquía es, a nuestro juicio, un intento de equiparar a Balboa al Cid, célebre por los regalos que envió, sin estar obligado, a Alfonso VI como muestra de sometimiento y servidumbre, un paralelismo que se subraya cuando el narrador nombra a la espada del conquistador extremeño “tizona” (Méndez Pereira, 1934: 28). Tanto el jerezano como el de Vivar son víctimas de las malas lenguas de hombres que les envidian y que, cercanos al rey, consiguen perjudicarles, pero ellos, en lugar de romper las relaciones con la corona, demuestran, con su sacrificio y valía, la verdadera lealtad que guardan a su señor.

Sin embargo, en la *Historia*, además de la mera supervivencia, tan costosa en la selva, el fin principal que mueve a estos españoles es la codicia, el anhelo de enriquecerse rápido: “Todo su fin y negocio no era sino saber dónde había oro, y dónde se sacaba el oro, y quién poseía el oro, y la devoción que tenían por el oro (Las Casas, 1978c: 168). Para ello no dudan en destruir y matar sistemáticamente, empleando las tácticas de guerra más ruines: “La costumbre de Vasco Núñez y su compañía era dar tormentos a los indios que prendían, para que descubriesen los pueblos de los señores que más oro tenían y mayor abundancia de comida: iban de noche a dar sobre ellos a fuego y a sangre” (Las Casas, 1978c: 157). Todo ello hace que se pervierta el significado del envío a España de la parte que corresponde al rey; no es para cumplir con el servicio, ni para colaborar con la grandeza de España, sino para ganarse el favor del monarca, así

como de sus consejeros, y que les suministre armas y hombres que les ayuden en la infatigable búsqueda del deseado metal:

Señalados, pues, los dos, Juan de Caicedo y Rodrigo de Colmenares, por procuradores que fuesen al Rey a notificarle su estado y representarle sus grandes servicios y por ello pedirle mercedes, [...] acordaron de hacerle un servicio o presente, contribuyendo cada uno, de lo que habían robado con tan gran precio de sangre humana (no supe cuánto), para que los procuradores o embajadores al Rey fuesen más gratos (Las Casas, 1978c: 168).

Otro aspecto importante que presenta grandes divergencias si se comparan estas obras son las relaciones entre los españoles. En la novela panameña la relación de Balboa con la mayoría de sus hombres, que le admiran y le seguirían adonde fuese, es de pura y verdadera amistad. Todos le tienen como un guía, un líder capaz de solucionar todos los problemas: “Casi todos consideraban [a Balboa] como el verdadero salvador de la colonia, el hombre que los había conducido a este lugar de riqueza y había sabido resolver todas sus dificultades con ecuanimidad e inteligencia” (Méndez Pereira, 1934: 33). Tanto el héroe por sus hombres como estos por él serían capaces de dar la vida. Hay buen entendimiento entre ellos y todos se saben necesarios para poder triunfar en su causa heroica: expandir el poder de su rey por esas regiones ignotas, al mismo tiempo que se logran tesoros inimaginables. Donde se observan los problemas es entre Balboa y sus superiores, que no le entienden bien y son unos incompetentes; ahí se situarían los enfrentamientos con Nicuesa, Enciso, Pedrarias o el obispo Juan Rodríguez de Fonseca. De nuevo, se manifiesta el paralelismo con el *Poema de Mio Cid* y su famoso verso 20: “¡Dios, qué buen vassalo! ¡Si oviesse buen señor!” (*Poema de Mio Cid*, 2011: 145).

En la *Historia* la sensación que se transmite de las relaciones entre el conquistador y sus subordinados es, prácticamente, la contraria; son constantes la desconfianza, el miedo a la traición y las disputas de todos con todos a causa de, por ejemplo, la parte del botín que les corresponde, de los esclavos que deben recibir e, incluso, para partir a Castilla como mensajeros y poner a buen recaudo sus vidas; parece no haber amistad, sino propinuidad e interés:

Después de partidos los procuradores, [...] porque la conformidad y compañía que no está fundada sobre amistad de Dios, especialmente la de los avaros y codiciosos, y mucho más de los tiranos ladrones y opresores de hombres, como eran aquéllos, no puede perseverar tiempo mucho, por esto, en los que quedaban en el Darién comenzaron a nacer grandes contenciones y discordias (Las Casas, 1978c: 171).

Además, ese jefe generoso y honrado, justo siempre en el reparto y admirado por todos, tal y como aparece en *El tesoro de Dabaibe* (Méndez Pereira, 1934: 53), es acusado en la crónica

lascasiana de ser avaro, de tener favoritos y de no dar a sus hombres lo que les corresponde. Tanto es así que algunos de sus soldados, capitaneados por un tal Alonso Pérez, se levantan y tratan de hacer justicia por su mano: “Acordaron de prender al Vasco Núñez alegando por causa que no repartía, según los merecimientos de cada uno, el oro y los esclavos que robaban y cautivaban, y para tomarle 10.000 castellanos que estaban por partir y repartirlos entre sí” (Las Casas, 1978c: 172). Balboa, gracias a sus espías, logra desbaratar la revuelta y apresar a los rebeldes. Frente a esas relaciones nobles, solidarias y de profunda amistad que se observan en la novela, en la crónica, por su parte, lo que se infiere es la realidad terrible de que no puede haber verdadera amistad entre seres codiciosos.

Otra divergencia importante se percibe en la valoración de los obstáculos a los que se enfrentó el conquistador extremeño en su descubrimiento del Mar del Sur. En la obra panameña se destacan los enormes peligros a los que el líder español tiene que hacer frente y su superación se presenta como una gesta muy difícil de lograr. Balboa se enfrenta a grandes ejércitos de furiosos indios que le impelen a sacar lo máximo de sí para vencerles, siempre con muy pocos hombres y medios, y a grandes peligros naturales (la selva, las serpientes y las ranas venenosas, los insectos) que arteramente ponen en peligro su vida, lo que convierte su logro en una proeza prácticamente irrepetible:

No eran más que unas diez millas, pero diez millas sembradas con todos los obstáculos y las hostilidades, cuasi insuperables, que la naturaleza suele oponer en el istmo a las plantas del hombre. Solo un corazón duro como el de Balboa y sus compañeros pudo intentar y realizar una empresa que aún hoy no han podido realizar de nuevo los que la han intentado (Méndez Pereira, 1934: 96-97).

En la *Historia de las Indias* también se habla de la selva y del clima como de un rival temible para los españoles, que sufren por los ataques de animales para ellos desconocidos. Sin embargo, la visión que se ofrece de los enfrentamientos con los ejércitos nativos es muy diferente: “No eran grandes hazañas las que hacía [Balboa] venciendo, como pelease con gallinas, que son todos los indios desnudos, donde no alcanzan a tener hierba [veneno], como puede juzgar por toda esta historia cualquiera cuerdo hombre” (Las Casas, 1978c: 194). Los indígenas, con sus armas primitivas y su falta de protección corporal, poco pueden hacer contra los arcabuces, las espadas y las armaduras españolas. Su mejor estrategia es huir para que los hombres de Balboa no los cacen, o mentir, enviando a los españoles a otras tierras lejanas fingiendo que allí se hallan grandes cantidades de oro. La prueba más evidente de la escasa peligrosidad de los enfrentamientos con los indios se encuentra en que Balboa partió con 190

hombres para avistar el Mar del Sur y volvieron todos sanos y salvos al Darién después de multitud de enfrentamientos con los caciques locales. Frente al carácter épico con que se describe el descubrimiento del Pacífico en la novela, la crónica despoja al suceso de todo idealismo y lo presenta como un éxito de la crueldad.

Finalmente, la muerte de Balboa, aunque se produce de la misma forma en ambas obras, también es relevante por las diferencias con que se describe. Al español lo ejecutan, junto a cuatro de sus hombres, decapitándolo. Su ajusticiamiento se debe al testimonio de Andrés de Garabito, uno de sus allegados, quien avisó a Pedrarias de que Vasco Núñez quería alzarse y establecer su propio gobierno. Dávila, que siempre desconfió de él, lo manda apresar por Francisco Pizarro y, después de un juicio un tanto apresurado, ordena su ejecución, aun a pesar de ser negadas todas las acusaciones por el reo. Aunque en esto coincidan tanto la novela como la *Historia*, hay importantes diferencias en la lectura que hacen de los hechos. Para Las Casas, que no tiene claro si Garabito dice la verdad o miente (Las Casas, 1978c: 272), el fin desgraciado del extremeño es un castigo de Dios por sus pecados y tiranías cometidos contra los nativos (Las Casas, 1978c: 388). En la novela de Pereira Pereira, para empezar, se da por hecho que Garabito falta a la verdad y, además, se narra que su muerte se debe a lo buen militar y gobernante que es, lo cual provoca las envidias de su suegro y de muchos de sus hombres: “Luchaban contra él muchos enemigos aunados” (Méndez Pereira, 1934: 197). Esta notable diferencia de perspectiva en la presentación de la muerte del protagonista ejemplifica la gran distancia que hay en la manera de presentar al mismo personaje histórico; cómo en una obra es un héroe incomprendido, llevado a la muerte por hombres inferiores a él, cual Cristo, figura a la que se le equipara: “Ni estas torturas, ni los aparatos militares lograron alterar la fortaleza de Balboa, serenada ahora después de recibir los divinos auxilios, con la serenidad de un Jesús Nazareno” (Méndez Pereira, 1934: 204); y en la otra es un monstruo, castigador de los indígenas, que tiene un triste final ordenado por la Providencia, a causa de sus terribles pecados: “Acabó la vida Vasco Núñez de Balboa [...]. Y será bien que se coloque Vasco Núñez en el catálogo de los perdidos con Nicuesa y Hojeda y con los que después se pondrán en él, que hicieron mala fin en estas Indias, siendo señalados en hacer mal a indios” (Las Casas, 1978c: 275).

CONCLUSIONES

Las desemejanzas a la hora de apropiarse de la figura de Balboa en estas dos obras han quedado de sobra resaltadas. La premisa de la que se partía en este estudio ha sido refrendada a través del análisis. Mientras que en la novela de Pereira el extremeño se alza como un modelo de grandeza cuya gloria se proyecta en la nación panameña, para Las Casas no deja de ser un cruel soldado, como tantos otros que fueron a América a hacerse ricos a costa de los nativos. Asimismo, estas divergencias emanan, no tanto de la ocultación o invención de datos sobre su vida, sino de la interpretación de los aspectos clave que giran en torno al personaje: las intenciones que lo mueven a lanzarse a la conquista, la estimación de los peligros que afronta, las relaciones con sus hombres y sus superiores, la manera de tratar a los vencidos y su muerte, entre otras cuestiones. Como consecuencia de la mediatización del relato por parte de los narradores, de sus reflexiones y valoraciones, de la selección de palabras con que describen al extremeño y sus actos, parece que nos encontremos ante dos Balboas distintos, y es que, en cierta manera, lo estamos, pues el personaje no interesa tanto por sí mismo, sino por su sometimiento a las finalidades tan diversas que persiguen estos dos autores al lanzarse a la escritura. Méndez Pereira necesita un Balboa glorificado porque, en su visión nacionalista de la historia (compartida con las élites), necesita un héroe hispano sobre el que asentar las bases míticas de una nación panameña muy influida por presencias foráneas. Las Casas, por su parte, se apropia del extremeño como un ejemplo más de las prácticas violentas con las que los españoles se estaban haciendo dueños del Nuevo Mundo, crueldades de todo punto contrarias al mandato divino de evangelización pacífica de los nuevos súbditos de la corona.

Esta investigación no pretende cerrar, ni mucho menos, la reflexión en torno a la figura de Balboa y su presencia en la producción artística y literaria, sino que, todo lo contrario, busca abrir nuevos caminos para su estudio. Cabría ver si en otras obras la figura del conquistador se presenta dotada de otros matices, si hay diferencias en la manera de tratarlo dependiendo del género, si según el período histórico en que se hallaban los autores se interpretó de una forma u otra. También podría analizarse cuál es la visión que prima más del jerezano, la negativa o la heroica, aunque sobre esto parece que quedan menos dudas. Salvo excepciones, la historiografía, durante siglos sometida al poder, destacó y, en la medida de lo posible, continúa resaltando una visión medianamente positiva de Balboa y, por extensión, de toda la conquista, de la que se destaca, sobre todo, su valor como posibilitadora del intercambio cultural y tecnológico del que se aprovecharon ambos contendientes/continentes. Como observa Esteban Mira (2014: 18), “en relación a [*sic*] la conquista de América, ha prevalecido siempre una historia gubernamental. La

historia patria se fundamentó en esa historia pseudo-mítica cuyos pilares fundamentales fueron algunas de las figuras más preeminentes de las Indias como Cristóbal Colón, Vasco Núñez, Hernán Cortés, Francisco Pizarro y Hernando de Soto”. Sin embargo, esta imagen áurea parece cada vez menos defendible, por lo que se auguran en el horizonte nuevas interpretaciones alternativas de este proceso histórico y de sus contradictorios protagonistas.

Referencias

- Altolaquirre, Á. (1914), *Vasco Núñez de Balboa*, Madrid, Imprenta del Patronato de Huérfanos de Intendencia e Intervención Militares.
- Andagoya, P. (1986), *Relación y documentos*, Madrid, Historia 16.
- Anónimo (2011), *Poema de Mio Cid*, ed. C. Smith, Madrid, Cátedra.
- Ardito, N. (2013, 13 de enero), “La economía de Panamá en el siglo XX”, *La prensa*, https://www.prensa.com/economia-Panama-siglo-XX-II_0_3570393023.html (24-1-2018).
- Balbín, R. (1999), *Poesía romántica*, Madrid, Castalia.
- Bayle, C. (1923), *Vasco Núñez de Balboa*, Madrid, Administración de Razón y Fe.
- Borges, P. (1990), *Quién era Bartolomé de las Casas*, Madrid, Rialp.
- Cabal, J. (1958), *Balboa, descubridor del Pacífico*, Barcelona, Juventud.
- Castro, D. (2007), *Another Face of Empire*, Durham (NC), Duke University Press. DOI: <https://doi.org/10.1215/9780822389590>.
- De Blas, L. (2013), *Vasco Núñez de Balboa y los cronistas de Indias*, Panamá, Balboa.
- De las Casas, B. (2009), *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, ed. A. Saint-Lu, Madrid, Cátedra.
- De las Casas, B. (1978a), *Historia de las Indias*, Libro I, ed. A. Saint-Lu, Caracas, Ayacucho.
- De las Casas, B. (1978b), *Historia de las Indias*, Libro II, ed. A. Saint-Lu, Caracas, Ayacucho.
- De las Casas, B. (1978c), *Historia de las Indias*, Libro III, ed. A. Saint-Lu, Caracas, Ayacucho.
- Díaz-Espino, O. (2001), *How Wall Street Created a Nation: J.P. Morgan, Teddy Roosevelt, and the Panama Canal*, Nueva York, MJF Books.
- Fernández de Oviedo, G. (1851), *Historia general y natural de las Indias*, Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia, <https://archive.org/stream/historiageneraly01fern#page/n7/mode/1up/search/vasco+n%C3%BA%C3%B1ez> (24-1-2018).
- García, A. (2001), “Vasco Núñez de Balboa y la geopsiquis de una nación”, *Revista Iberoamericana*, 196, pp. 461-473, <https://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/viewFile/5870/6014> (24-1-2018).

- González, O. (2008), “Visiones del otro: la sexualidad de los pueblos originarios de América en las formaciones discursivas de la expansión ibérica”, *Estudios Latinoamericanos*, 22, pp. 119-139. <http://journals.unam.mx/index.php/rel/article/view/20282/19271> (24-1-2018).
- Hanke, L. y Giménez Fernández, M. (1954), *Bartolomé de las Casas 1474-1566: Bibliografía crítica y cuerpo de materiales para el estudio de su vida, escritos, actuación y polémicas que suscitaron durante cuatro siglos*, Santiago de Chile, Imprenta Universitaria.
- Hernández, B. (2015), *Bartolomé de las Casas*, Madrid, Taurus.
- Herrera, C. (2003), *El amor romántico perjudica seriamente la igualdad*, San José, El rincón de Haika.
- Iglesias, L. (2007), *Bartolomé de las Casas: cuarenta y cuatro años infinitos*, Sevilla, Fundación Juan Manuel Lara.
- Irving, W. (1831), *Voyages and Discoveries of the Companions of Columbus*, Filadelfia (PA), Carey and Lea. <https://archive.org/stream/voyagesdiscoveri00irvi#page/n3/mode/2up> (24-1-2018).
- Lillo, S. (1914), *A Vasco Núñez de Balboa. Canto lírico*, Santiago, Imprenta Barcelona.
- López, R. (2013), *La pasión de Balboa*, Barcelona, Roca.
- Lucena, M. (1991), *Vasco Núñez de Balboa, descubridor de la Mar del Sur*, México, Anata.
- Mártir de Anglería, P. (1944), *Décadas del Nuevo Mundo*, Buenos Aires, Bajel.
- Méndez Pereira, O. (1934), *El tesoro de Dabaibe*, Madrid, Ediciones Nuestra Raza.
- Méndez Pereira, O. (1940), *Tierra firme. El tesoro de Morgan*, Panamá, Star & Herald.
- Méndez Pereira, O. (1987), “Panamá, país y nación de tránsito”, *Revista Cultural Lotería*, 367, pp. 62-67.
- Méndez Pereira, O. (1999), *Historia de la instrucción pública en Panamá*, Panamá, Biblioteca de la Nacionalidad.
- Mira, E. (2014), “Vasco Núñez de Balboa: una visión desde el siglo XXI”, *XLII Coloquios Históricos de Extremadura: dedicados a Vasco Núñez de Balboa en el V Centenario del descubrimiento del Océano Pacífico: Trujillo del 23 al 29 de septiembre de 2013*, Trujillo (Extremadura), Asociación Cultural Coloquios Históricos de Extremadura, pp. 17-52, <http://www.chdetrujillo.com/vasco-nunez-de-balboa-una-vision-desde-el-siglo-xxi/> (24-1-2018).
- Mira, E. (2009), *Conquista y destrucción de las Indias*, Sevilla, Muñoz Moya Editor.

- Novo, P. (1882), *Vasco Núñez de Balboa*, Madrid, M. Tello.
- Núñez de Balboa, V. (2010), *Cartas*, Barcelona, Linkgua.
- O' Gorman, E. (1977), *La invención de América*, México, FCE.
- Ortuño, J. M. (2001), “El triste final del adelantado de la Mar del Sur, Vasco Núñez de Balboa”, *Anales de Derecho*, 19, pp. 175-179.
- Pereira, J. L. (1988), *Vasco Núñez de Balboa*, Mérida, Editorial Regional de Extremadura.
- Porras, A. (2005), *Cultura de la interoceanidad. Narrativas de identidad nacional de Panamá (1990-2002)*, Panamá, Editorial Universitaria Carlos Manuel Gasteazoro.
- Pulido Ritter, L. (2006), “Baltasar Isaza Calderón: el tamiz españolista contra el cosmopolitismo neocolonial”, *Revista Panameña de Política*, 2, pp. 25-40, http://cidempanama.org/wp-content/uploads/2011/03/2-03-Baltazar_Isaza-Luis_Pulido_Ritter.pdf (24-1-2018).
- Pulido Ritter, L. (2008), *Filosofía de la nación romántica*, Panamá, Instituto Nacional de Cultura.
- Pulido Ritter, L. (2010), “Lord Cobra: del cosmopolitismo decimonónico y el folklorismo al cosmopolitismo diaspórico”. *Istmo*, 20, páginas sin numerar, http://istmo.denison.edu/n20/articulos/22-pulido_luis_form.pdf (24-1-2018).
- Quintana, M. J. (1917), *La vida de Vasco Núñez de Balboa*, Londres, George G. Harrap.
- Real, M. (1959), “Octavio Méndez Pereira, una figura de la literatura panameña”, *Revista Española de Antropología Americana*, 3, pp. 3-15, <http://revistas.ucm.es/index.php/REAA/article/view/REAA5959110003A/25559>
- Ríos, A. (2003), “La devolución del Canal de Panamá, consecuencia de una adecuada negociación internacional”, *Iuris Tantum*, 14, pp. 225-234, <http://www.sociedadlatinoamericana.bligoo.com/la-devolucion-del-canal-de-panama-consecuencia-de-una-adeuada-negociacion-internacional> (24-1-2018).
- Romoli, K. (1967), *Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Pacífico*, Madrid, Espasa Calpe.
- Ruiz de Obregón, Á. (1913), *Vasco Núñez de Balboa. Historia del descubrimiento del Océano Pacífico, escrita con motivo del Cuarto Centenario de su fecha*, Barcelona, Maucci.
- Serna, M. (ed.) (2000), *Crónicas de Indias*, Madrid, Cátedra.
- Sommer, D. (1991), *Foundational Fictions. The Romances of Latin America*, Berkeley, University of California Press.

Szok, P. (2002), "Octavio Méndez Pereira and the Panamanian foundational fiction", *Revista Mexicana del Caribe*, 14, pp. 145-165, <http://www.redalyc.org/pdf/128/12871404.pdf> (24-1-2018).